

trarán en el reino de los cielos. Sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. Muchos vendrán diciendo en aquel día: ¡Señor! ¡Señor! ¿No sabes cómo profetizamos en tu nombre? y cómo echamos los demonios en tu nombre? y cómo hicimos muchos prodigios en tu nombre?

»Pero yo les responderé: Nunca os he conocido. Apartaos de mí los que obráis la iniquidad».

20) Cómo debe oírse al Maestro. (Mt. 7, 24-27; L. 6, 47-49)

«Voy a explicaros a quién se parece el que viene a mí y oye mis palabras, y las cumple.

»Se parece a un hombre prudente que edifica una casa, cava hondo y pone el cimiento sobre piedra. Baja después la lluvia, y desatándose una inundación, vienen los torrentes y soplan los vientos, y lánzase todos sobre aquella casa; pero no cae porque estaba cimentada sobre piedra.

»En cambio el que oye estas palabras mías y no las cumple, se parece a un necio, que edifica su casa sobre arena sin cimientos, y baja la lluvia y vienen los torrentes y soplan los vientos y lánzase sobre aquella casa, y al momento cae, y quedase reducida a una gran ruina».

21) Conclusión. (Mt. 7, 28-29)

Y aquí terminó el Maestro. «Y cuando acabó Jesús estas palabras, se admiraban las turbas de su doctrina. Porque les estaba enseñando como quien tiene potestad, y no como sus Escribas y Fariseos».

Verdaderamente que nadie podía hablar como él. *Dictum est antiquis...* «Sabéis qué se dijo a los antiguos...» *Ego autem dico vobis...* «Pero yo os digo...» Y ¿quién es ese que se compara y se iguala al que dictó la ley antigua? al que habló en el Sinaí, al que gobernó al pueblo de Dios? ¿Quién es?

Non omnis qui dicit mihi Domine! Domine!... «No todo el que me dice Señor! Señor! entrará en el reino de los cielos...» Y ¿quién es éste que así se jacta de que el tratarle a él como Señor puede bastar para entrar en el reino de los cielos?

«En aquel día vendrán a mí y me dirán: Señor, ¿te acuerdas que en tu nombre echamos a los demonios e hicimos

muchos prodigios? Y yo les diré: Apartaos de mí...» Y ¿quién es éste que así apela al día de la otra vida? que así habla de la suma autoridad que tendrá entonces?

Sin duda algo más que un escriba y un fariseo, mísero intérprete de casuísticas de la ley. Habla como señor, manda como soberano, mueve como Dios.

Por eso su doctrina es también superior a la doctrina de todos los demás maestros.

En el sermón del monte está el programa de la doctrina y perfección evangélica. Y la suma de las claves de las cuestiones humanas. Verdades como las que en este sermón están expresadas, tan claras, tan precisas, tan nuevas, tan sublimes, tan perfectas, tan humanas y al propio tiempo tan ideales no las ha dicho ningún maestro. Aquí está el código de la virtud cristiana. El libro de la sempiterna meditación. El enigma de la vida humana.

El pueblo decía que ningún escriba ni fariseo hablaba de aquel modo. Ya lo creo que no. Mucho mejor pudiera haber dicho entonces aquello que después dijo San Pablo en su sublime exordio de la carta a los Hebreos:

«El Dios que en muchas ocasiones y de muchos modos habló a nuestros Padres en los profetas, últimamente en estos días nos ha hablado en su Hijo, al cual ha hecho esplendor de todas las cosas, por quien hizo el mundo, esplendor de su gloria, imagen de su sustancia, que sostiene todas las cosas con la palabra de su poder».

Y, como dice Kempis, muy al contrario de lo que decían los judíos en el monte Sinaí a Moisés: «Háblanos tú y oiremos, no nos hable el Señor porque quizás moriremos» diremos a Jesús: No me hable Moisés, ni ninguno de los profetas; sino más bien háblame tú, Señor Dios, inspirador y alumbrador de los Profetas, pues tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente; pero ellos sin tí nada sirven.

Y nosotros, por cierto, no tenemos la dicha de escuchar al mismo Jesucristo; sólo tenemos las palabras muertas en el Evangelio. ¿Qué hubiera sido oír aquella palabra viva y dulce y animada del Maestro en la Montaña? El aire libre de la altura, el cielo sereno, el campo silencioso, la naturaleza sonriente, las vistas despejadas y amenas, el pueblo vario y entusiasta venido de todos los alrededores, los

discípulos en gran número y los apóstoles recién elegidos rodeando al Maestro, y el dulce Jesús en medio sentado humildemente en una leve elevación de césped abriendo sus labios para consolar a los pobres, a los humildes, a los que lloran y padecen... ¿Qué reunión ha tenido jamás la humanidad más agradable ni divina?

El pueblo oiría con estupendo silencio aquellas palabras que caían como rocío benéfico y manso sobre las yerbas sedientas de refrigerio y vida.

Oh! los que estáis desorientados en las tinieblas de la vida y camináis fatigados por los hundidos valles de dolores! subid a esta montaña iluminada por nueva luz y refrigerada por auras puras y celestiales! Escuchad al Maestro! El os enseñará el arte de ser felices y bienaventurados, perfectos y santos. El es nuestro gran Apóstol enviado del Padre para enseñarnos. Aún resuena en los cielos aquella hermosa voz: «Este es mi Hijo muy amado en quien me agrado. Oídele».

Aún habla. No en el monte de Kurun Hattin, sino en el Monte Santo de la Iglesia Católica.

Dichosos los que oyen su voz!

83. EL CENTURIÓN Y SU ESCLAVO

(L. 7, 1-10; Mt. 8, 1. 5-13.)

Bajó nuestro Maestro del Monte donde había publicado la nueva doctrina celestial que tanto consuelo ha derramado sobre todo entre los pobres, que en verdad recibieron entonces las mejores nuevas y los más consoladores Evangelios que desearse puedan. Y fué, seguido de inmensa turba de gente, nunca de escucharle cansada, a Cafarnaúm.

Precisamente estaba muriéndose un esclavo. Poca cosa en aquel tiempo en que un esclavo más que como hombre era mirado como un objeto sin valor, y como decía un ilustre escritor romano, «una máquina dotada de voz». Pero éste por excepción tenía un amo caritativo y bueno, que le quería y apreciaba de veras.

Era un Centurión, es decir un capitán o jefe de cien soldados romanos, que estaba al frente de la guarnición de Cafarnaúm. Estaba esta ciudad sujeta a Herodes que man-

daba en toda la Galilea. Pero era demasiado astuto el Imperio Romano y era Cafarnaúm demasiado importante para que los Romanos la dejaran con entera independencia. Y en efecto bajo el pretexto de tutela tenía allí una guarnición de sus soldados, sea a las órdenes de Herodes, sea de otra cualquiera manera, y su jefe era un Centurión, que por cierto debía ser hombre digno y muy honrado, y aunque pagano muy afecto a la religión judía y tal vez prosélito de ella y próximo a ser admitido en el pueblo de Dios.

Era reciente y del año anterior el caso de la curación del hijo del Régulo, a quien el Centurión sin duda conocería y aun trataría. Y afligido al ver que su criado víctima de un ataque de parálisis se le moría, oyendo que Jesús estaba por allí se acordó de pedirle la curación de su esclavo. Mas aunque estimado de todos los judíos de Cafarnaúm no se atrevió a presentarse en persona a pedir esta gracia al Señor, y suplicó a sus amigos los ancianos de los judíos que fuesen a interceder con Jesús en favor suyo.

Vinieron en efecto muy gustosos los ancianos y presentándose a Jesús le expusieron los deseos del Centurión, de que fuese a su casa y curase a su siervo. Según parece el Centurión, que se acordaría cómo desde lejos había sanado Jesús al hijo del Régulo, no había dicho que le pidiesen el que fuese a su casa, sino solo el que diese la salud a su esclavo, pero los ancianos sin caer en la cuenta de esta delicadeza le pidieron que fuese a su casa, y para confirmar su embajada, le añadieron con empeño:

«—Es muy digno de que le hagas este favor. Porque quiere mucho a nuestra gente, y aun nos ha hecho una sinagoga...»

»Y respondió Jesús:—Voy yo mismo allá y le curaré».

Y en efecto iba con ellos. Y cuando estaba bastante cerca de la casa se enteró el Centurión de que Jesús venía, y confundido de semejante bondad, persuadido de que ninguna falta hacía que el Señor se molestase, le envió enseguida unos amigos, que le rogasen que no se molestase en venir a su casa, pues no era esto necesario para dar la salud a su criado. Y él mismo después bajó y se presentó al Señor y con profunda humildad y fe sincera le dijo:

«—Señor, no te molestes. Porque yo no soy digno de

entres en mi casa. Por esta misma razón no me he juzgado digno de presentarme yo mismo a tí. Basta que lo digas de palabra y mi esclavo se pondrá bueno. Porque yo también, eso que estoy sujeto al mando de otros, como tengo soldados a mis órdenes, digo a éste: ven! y viene, y a otro: vetel y va; y a mi esclavo: hazme esto! y me lo hace.

»Oyendo esto Jesús se admiró, y volviéndose a la turba que le seguía, dijo:

»—De veras os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande. Yo os aseguro que van a venir muchos de Oriente y de Occidente, y van a sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. En cambio los hijos del reino (quería decir, los judíos que pertenecían al pueblo de Dios, y estaban llamados a ser la Iglesia y entrar en el cielo) serán arrojados a las tinieblas exteriores. Allí tendrán llanto y crugir de dientes.

»Y volviéndose de nuevo al Centurión, le dijo:

»—Vete, y hágase como has creído.

»Y en aquella misma hora sanó el esclavo. Y volviéndose a casa los que habían salido, encontraron sano al siervo que estaba enfermo».

Ejemplo precioso y tipo admirable de bondad, de humildad y de delicadeza de este Centurión. Jesucristo que no se dignó ir a casa del Régulo, cuando su hijo estaba enfermo, brindóse apenas se lo rogaron a visitar al esclavo moribundo; de este modo honraba al pobre, realizaba la esclavitud y recompensaba la misericordia. Mas el Centurión tenía tan alta y digna idea de lo que Jesús era, que quedó asombrado al ver que se dignaba ir a su casa. Sus palabras admirables las ha santificado la Iglesia presentándolas á sus hijos para antes de la comunión. Los Santos todos, y la Iglesia entera, no han encontrado otras más hermosas para decirlas al pie mismo del sagrario cuando Jesús se acerca a nuestros corazones. Y sin duda que el Señor Sacramento las oye con singular complacencia recordando la sincera y profunda fe del generoso Centurión romano.

84. EL HIJO DE LA VIUDA DE NAÍM

(L. 7, 11-17).

Y salió a predicar como solía por los pueblos de tierra adentro y siguiendo un camino al oeste entre el Tabor y el Hermón, llegó a un pueblo pequeño llamado Naím.

Naím, es decir, la «bella», la «agradable», la «abundante en pastos», que todo esto puede significar su nombre, situada en las risueñas últimas vertientes del Hermón, asomábase graciosa a la fértil y vasta llanura de Esdremon, y extendía su vista por un lado hasta el Tabor, y por otro hasta descubrir las nevadas crestas del Líbano y del gran Hermón.

Mas cuando el Salvador fué a visitarla no estaba nada graciosa ni risueña. A una viuda muy conocida del pueblo se le había muerto su hijo, y su hijo único, la esperanza y el báculo de su vejez. Cuando Jesús asomaba por el camino que conduce a la villa, venía precisamente el entierro acompañado de mucha gente que rodeaba a la pobre madre. Como suele suceder en Palestina, vendría el difunto embalsamado, sujetas las manos y pies con bandas, cubierto el cuerpo con un lienzo, descubierta la cara, con los ojos cerrados piadosamente, y puesto en su litera sin tapa ninguna. Algunas plañideras acompañadas de algunas flautas, iban diciendo las lamentaciones que en estos casos se usaban, como entre nosotros en algunos entierros las marchas fúnebres.

Encontráronse los dos grupos, el de las exequias que salía de la ciudad, y el de Jesús, que con sus discípulos iba a entrar en ella. Conmovióse el Corazón del Hijo de María, y tal vez se acordó cómo también su Madre un día iba a quedar sola sin su Esposo José que ya había fallecido, y sin su Hijo que iba a morir en la cruz. Y lleno de misericordia, dirigióse a la pobrecita que venía llorando, y le dijo cariñoso:—No llores.—Y abriéndose paso se acercó, tocó el féretro, detuviéronse los que lo llevaban, y dijo Jesús:

«—Joven, yo te lo mando, levántate.

»Incorporóse el que estaba muerto y empezó a hablar. Y Jesús se lo entregó a su madre.

»Todos se llenaron de espanto, y comenzaron a engrandecer a Dios, diciendo:—Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros! Dios ha visitado a su pueblo».

La noticia era tan estupenda y el milagro tan claro, y según parece tan nuevo, pues acaso fué la primera resurrección que hizo Jesucristo, que la noticia se divulgó por toda la Judea y por toda la región de los alrededores.

85. EMBAJADA DE JUAN BAUTISTA AL SEÑOR

(L. 7, 18-23; Mt. 11, 2-6).

Entretanto estaba el Bautista preso en su cárcel de Macherunte, como dijimos.

Aunque Herodes lo había puesto en la cárcel no por eso dejaba este hombre de estimar al Profeta y aun le consultaba en muchas cosas. Ni le tenía tan cautivo que no le permitiese comunicar con sus discípulos, los cuales entraban y salían fácilmente en la cárcel a ver a su Maestro. Con esto perseveraba aún la escuela del Bautista, y fuerza es decir que no participaban todos los discípulos de la humildad de su Maestro, y que en más de cuatro ocasiones manifestaron celos y envidias de Jesucristo, de lo cual ya hemos visto alguna muestra cuando los discípulos de Juan le pidieron cuenta de porqué no hacía ayunar a sus discípulos como ellos, los de Juan, ayunaban.

No cabe duda que los discípulos del Bautista llevarían a su Maestro recado y noticias frecuentes de cuanto ocurría con Jesús. Todo el mundo hablaba de él, Juan sin duda mostraría sumo interés en conocer estos sucesos, los discípulos procurarían darle gusto. Y así lo dice expresamente el Evangelio. Y más de cuatro veces tendría ocasión el Bautista de observar en los suyos el excesivo celo, y amor que le tenían, mezclado con envidia y desconfianza del Cristo, y con injustos prejuicios contra la doctrina del Mesías.

Juzgó, pues, el Precursor conveniente deshacer todos estos recelos, decidir de una vez la cuestión y lograr con un esfuerzo una firme persuasión en toda su escuela de que Jesús era en verdad el verdadero Mesías.

Y se le ocurrió para esto la siguiente industria.

«Llamó a dos de sus discípulos, y los mandó a Jesús para decirle: ¿Eres tú el que ha de venir? o esperamos a otro?»

El que ha de venir en el lenguaje del pueblo judío era sin duda ninguna el Mesías, el prometido, el esperado, el profetizado. Preguntarle, pues, si él era el que había de venir era preguntarle si él era el Mesías.

Y en efecto vinieron a Jesús aquellos varones, y le dijeron:—Juan el Bautista nos ha enviado a tí preguntando: ¿Eres tú el que ha de venir? o esperamos a otro?

Jesús, conociendo bien que la duda no venía de parte de Juan, sino de ellos, y que en su corazón abrigaban tal vez recelos de la respuesta sin decirles una palabra volvióse a la multitud, y «en aquella misma hora fué curando a muchos de enfermedades, llagas, y malos espíritus, y dió la vista a muchos ciegos. Y vuelto a ellos les dijo:

«—Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y dichoso el que no se escandaliza de mí!»

Que era como decirles:—Decid a Juan esto que habéis visto, lo cual como él sabe estaba profetizado en Isaías, quien hablando del Mesías dijo que en su tiempo «los ojos de los ciegos serían iluminados, y los oídos de los sordos abiertos, que el cojo saltaría como un ciervo, y la lengua del mudo se soltaría, y que los pobres serían evangelizados». Eso, ya lo habéis visto, se ha cumplido hoy en mí. De ahí podrá deducir si yo soy o no el Mesías. Y mejor dicho de ello podréis deducir vosotros, que es lo que él quiere, si yo soy o no lo que digo. Y no os escandalicéis, porque ¡dichoso el que no se escandaliza de mí!

86. JESÚS ALABA A JUAN BAUTISTA

(L. 7, 24-35; Mt. 11, 7-19)

Y se fueron los enviados de Juan. No quiso Jesús en presencia de ellos alabar a su Precursor, para que no creyesen que por la adulación buscaba su propia alabanza, o que quería granjearse la estima de los discípulos del Bautista. Mas apenas estos se fueron, comenzó a predicar un elo-

cuente panegrico del insigne cautivo, lleno de aquella animada y viva elocuencia que el Señor usaba en muchas ocasiones. Recordábase aquellos días en que estando Juan en el desierto predicando confluían a él de todas partes, y les decía:

«—¿Qué salisteis a ver en el desierto? Una caña sacudida por el viento? (Para eso no hubieras ido allá). Pues ¿qué salisteis a ver? Un hombre vestido de ropas delicadas? Ésos que andan con vestidos preciosos y en delicias habitan en los palacios de los reyes. Pues ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Ya lo creo y más que profeta.

»Porque ese es aquel de quien está escrito: Mira! yo enviaré delante de ti mi ángel, el cual te irá preparando por delante el camino. Yo os aseguro que entre los nacidos de mujer no se ha levantado uno superior a Juan Bautista. Con todo, el que es menor en el reino de Dios, es mayor que él. Y sin embargo, desde los días de Juan Bautista hasta ahora este Reino de los cielos padece violencia y lo atacan con dureza. Porque todos los profetas y la ley hasta Juan anunciaron lo futuro; y éste, si queréis, es Elías el que ha de venir. El que tenga oídos para oír que oiga».

¿En qué sentido dice Jesús que Juan es el mayor de los nacidos de mujer?

En dignidad; porque la suya fué mayor que la de todos los profetas, que eran tenidos por los más dignos del Antiguo Testamento. Porque los demás profetas tuvieron la misión de anunciar al Cristo futuro, y esta fué su dignidad; al paso que el Bautista tuvo una misión mucho más noble, la de anunciarle presente, la de prepararle el camino, la de ser el Precursor, y la de terminar y perfeccionar las profecías. Por eso es más digno que cuantos profetas vaticinaron a Cristo.

Y sin embargo, añade Jesús, el que sea más pequeño en el Reino de Dios, es decir, en su Iglesia que él está fundando, es más elevado que Juan en dignidad. Soberana alteza sin duda la del cristiano! por ser miembro de Jesucristo, por pertenecer a su Esposa la Iglesia, por ser vasallo de su reino, cualquier católico es más digno que los antiguos patriarcas, más que los profetas del Antiguo Tes-

tamento, más que el mismo precursor de Cristo! En santidad ¿quién es capaz de definir lo que es cada uno? Táselo el juicio de Dios.

Entonces con amargo sentimiento al ver la oposición que este Reino de Dios, cuyos vasallos eran tan dignos, que el menor era mayor que el Bautista, se quejó tristemente diciendo: A pesar de ser así este reino, desde los días de Juan se le hace oposición! Allí estaban los fariseos y los escribas, que alimentaban un odio reconcentrado contra la escuela de Nazareno, y espiaban sus acciones. Antes de Juan todo el pueblo estaba esperando y ansiando la venida del Mesías! Desde entonces la esperanza se había trocado en repugnancia, el deseo en odio, el ansia en dureza y violencia. Es que el Reino que traía Cristo era muy distinto de como ellos se lo habían figurado.

Mas ya está presente el Mesías. Los otros profetas y la Ley vaticinaron lo futuro. Juan os ha profetizado y declarado lo presente. Y ya que estáis diciendo que va a venir Elías antes de Cristo (esta era persuasión de muchos, que el profeta Elías había de venir, y no antes del último juicio y venida de Dios, sino antes del advenimiento al mundo del Mesías) pues ese es Elías, Juan.

El que tenga oídos para oír que lo oiga. Vosotros fariseos y escribas que me escucháis, y todos cuantos os oponéis a mi predicación y doctrina, y cuantos despreciasteis las enseñanzas y predicaciones de Juan y no habéis descansado hasta meterle en prisión ¿entendéis lo que he dicho?

Todos lo entendían. «Todo el pueblo, dice el Evangelio, y los publicanos sobre todo (es decir, los bautizados por Juan) al oír esto glorificaron a Dios.

«En cambio los fariseos y los doctores de la ley (es decir, los no bautizados por él) despreciaron el consejo de Dios por su amor propio».

Hubo un rato de silencio. Todos se hablaban entre sí. El Señor esperaba que hiciesen un poco de efecto sus palabras y que se penetrasen de su sentencia. Y cuando ya los diversos sentimientos de todos sus oyentes se habían desarrollado y aun expresado en murmuraciones y gestos diversos, sonriendo tristemente volvió el Señor a tomar la

palabra, y aludiendo y señalando principalmente a los fariseos y doctores, dijo irónicamente:

«—¿A quién voy a comparar a esa raza de hombres? ¿a quién se parecen? Se parecen a esos niños, que (en sus juegos) se sientan en la plaza y se hablan los unos a los otros y dicen:

Con flautas os hemos cantado y no habéis bailado:
Lamentos os hemos cantado y no habéis llorado.

»Porque viene Juan Bautista que ni come pan ni bebe vino, y decís: Tiene demonios. Viene el Hijo del Hombre que come y bebe (como todos) y decís: Vaya un glotón, bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores.

»Pero la sabiduría ha sido glorificada por todos sus hijos».

Solían entonces como ahora los niños jugar en la calle y decir en sus juegos sus letrillas y refranes, cantándolos con tonadas infantiles. Y había un juego, en el que en uno de los pasos los de un grupo motejaban la indolencia impertinente de los del otro, que no se prestaban a nada, sino que si se les cantaba con alegría no hacían caso, y si se les cantaba con tristeza tampoco. Y eso hacen los fariseos: Juan los invita a penitencia y les canta lamentaciones y lo desprecian; Jesús los invita con suavidad y dulzura y lo censuran. Ya se ve que no son hijos de la Sabiduría, sino insensatos y fatuos, que solo atienden a su amor propio y a sí mismos. Porque los que son hijos de la Sabiduría todos la glorifican oyendo a Jesús.

87. LA PECADORA EN CASA DEL FARISEO

(L. 7, 36-50).

Salió de Naím Jesús y volvióse a su ordinaria morada de Cafarnaúm. En el camino se encontró con la deliciosa Magdala, y allí parece que se detuvo algún día.

Ruinas hoy y conjunto despreciable de chozas más bien que casas, Magdala era en tiempo de Jesucristo la ciudad de las delicias. Sentada al pie del monte, asomada al borde del lago, sonriendo al sol de oriente, reclinada entre jardines, y refrescada por innumerables arroyos, merecía de al-

gunos el calificado de paraíso terrestre. Desgraciada suerte la de las ciudades deliciosas! pronto pulula en ellas el vicio más repugnante y las convierte en morada de libertinos y meretrices, disfrazados bajo el lujo y la alegría. Magdala era famosa por la gente pecadora que en ella vivía.

Entre las mujeres pervertidas que allí moraban había una famosa y conocida por sus excesos, a la cual el Evangelista, por delicadeza sin duda, no llama con su propio nombre; pero que según parece era María Magdalena, la que hospedó al Señor en Betania, la hermana de Marta y de Lázaro, la que siguió al Señor a la Cruz, y perseveró en el Calvario al lado de la Virgen de las vírgenes.

Mucho han disputado los intérpretes y mucho han estudiado para averiguar si son tres o dos o una mujer esta pecadora, y María Magdalena y María la hermana de Marta. La cuestión está y probablemente estará siempre muy oscura. Pero nos parece más probable y conforme con el sentir general y con la ciencia que fué una sola la que se convirtió en casa de Simón, la que hospedó al Señor en su casa de Betania, y la que siguió a Cristo al Calvario y le buscó en el Sepulcro.

Pocas noticias ciertas tenemos fuera del Evangelio de María Magdalena. ¿Por qué la llamaron Magdalena? Fué porque nació en Magdala? o fué porque allí vivió y tal vez tuvo, como otros de opulentas familias, alguna quinta de recreo, además de su casa de Betania?

El Talmud refiere que María Magdalena se casó con un Judío llamado Pappus ben Juda, escriba celoso y rígido, con el cual no se avenía de ningún modo. Tocada de la libertad de las costumbres paganas que en Magdala dominaban y viciada por el ambiente impuro que en toda la sensual ciudad se respiraba, fuese poco a poco enredando en infieles amores, hasta que aficionada a un oficial de Herodes llamado Pantero que residía en Magdala, se divorció de Pappus y se unió al oficial, con el cual vivió públicamente unida. No se debe, sin embargo, fiar nada del Talmud en estas noticias. Enemigo mortal de Jesús arroja la baba de la fábula, de la calumnia y del ridículo siempre que encuentra ocasión contra todo lo cristiano.

Mas sea de esta historia lo que quiera, lo cierto es que

era una mujer que llamaba la atención de todo el pueblo y en todo él era conocida con el nombre de *pecadora*. Así la llama San Lucas, y es bien sabido que cuando a una mujer se le da este nombre de pecadora, se entiende que ha perdido la honestidad, y arrastra el pudor por los suelos.

Tal vez María Magdalena no se rebajó hasta los últimos grados de la abyección social. Pero ciertamente debió cometer muchos y muy famosos excesos, puesto que el Señor decía de ella que había tenido muchos pecados, y el fariseo, como veremos, suponía que era muy indigna.

San Lucas y San Juan dicen que de ella echó el Señor siete demonios. No siempre la posesión del hombre por el demonio es prueba de pecado. Puede muy bien uno ser poseído sin haber cometido culpa. Pero lo más frecuente es que la posesión sea efecto de graves culpas. Y así debió ser en María Magdalena. No dicen los Evangelistas cuándo echó los demonios del cuerpo de esta infeliz. Pero debió ser antes de este convite, y, cierto, a lo menos por este tiempo.

Estando, pues, en Magdala, convidó a Jesús a comer Simón, un fariseo. Cosa extrana si tenemos presente el recelo y antipatía con que Jesús era mirado por esta clase. Pero algún favor le debía haber hecho Jesús, y alguna cosa le debía haber perdonado, por lo cual se creyó obligado a mostrarse agradecido, siquiera no fuese más que de cumplido. Tal vez se proponía examinar de cerca y espiar los actos y dichos del Señor; acaso pretendía congraciarse con un hombre que fuese lo que fuese se estaba haciendo muy popular, y le halagaba tenerlo por huésped.

Pero como solo trataba de cumplir y debía de tener muy poca educación, recibió a su huésped con extremada y acaso estudiada frialdad.

Nada más ordinario en oriente que la hospitalidad afectuosa. Al convidado apenas se presenta en la casa se le quita el calzado, como entre nosotros la capa, el sombrero, el bastón: se le da un beso y con él la paz que es el saludo. Se le lavan los pies del polvo del camino. Se le unge o rocia la cabeza y aun la barba con pomadas o esencias, se le lavan las manos y se le lleva a la mesa.

Nada de esto se hizo con Jesús. Recibido fría y grose-

ramente disimuló con su finura acostumbrada la descortesía farisáica y fuese a sentar en la mesa.

Es en la sencillez oriental muy frecuente permitir el libre acceso a la sala del banquete a los extraños y curiosos. Y no cabe duda que mientras el Señor comía desfilarian por su mesa muchos ansiosos de verle, de conocerle, de oírle y de saludarle.

En esto aparece en medio de la sala una mujer con un pomo de alabastro en sus manos, la cual avanzando resuelta al sitio en que estaba Jesús echóse a sus plantas y rompiendo a llorar a lágrima viva le regó sus pies con su llanto, desató luego su hermosa cabellera y con ella comenzó a enjugar las plantas que con su llanto había regado, tomó, en fin, su pomo de alabastro lleno de unguento y con él bañó los pies de Jesucristo. Todo esto podía hacerse muy cómodamente, porque entonces los judíos comían a la manera romana, no sentados sino recostados hacia la mesa sobre el codo, en unos lechos con los pies hacia fuera.

Todos estaban sobrecogidos, todos callaban, todos estaban espantados del atrevimiento de aquella mujer. ¿Quién de los convidados no la conocía? Era María Magdalena, la pecadora, la endemoniada. Había oído que Jesús estaba en casa del fariseo, y despreciando todo respeto humano fué allá a obtener el perdón de sus faltas.

Quien más asombrado, callado y escandalizado estaba era Simón el fariseo, el cual sin decir nada «estaba pensando entre sí: Si este fuese profeta, ya sabría qué clase de mujer es esa que le está tocando, y que es una mujer pecadora»...

Jesús, que penetra los corazones, conoció lo que pensaba el fariseo, y aunque él no le decía nada, tomó la palabra y díjole con mucha finura:

«—Simón, tengo algo que decirte.

»Y dijo él:—Maestro, dilo.

»—Tenía un prestamista dos deudores. Uno le debía quinientos denarios y otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar perdonó a los dos la deuda. ¿Quién de los dos te parece que le amará más?

»Respondió Simón y dijo:

»—Me figuro que aquél a quien perdonó más.

»Y dijo Jesús:

»—Piensas bien.

»Y volviéndose a la mujer dijo a Simón:

»—Ves esta mujer? He entrado en tu casa, no me has dado agua a los pies; pues ésta ha regado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me has dado ósculo; y ésta desde que ha entrado no ha cesado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con óleo; y ésta ha ungido mis pies con sus perfumes. Por lo cual te digo: se le perdonan sus muchos pecados, porque ha amado mucho, porque aquél a quien se le perdona menos ama menos».

»Y dijo a la mujer:

»—Se te perdonan tus pecados.

»Y comenzaron a decir entre sí los que estaban con él a la mesa:

»—¿Quién es éste que hasta los pecados perdona?

»Y Jesús dijo a la mujer:

»—Tu fe te ha salvado! vete en paz!»

Dulcísima historia. En ella como en pocas aparece lo que es el corazón del hombre cuando se deja llevar del pecado y cuando se deja conducir por la gracia, y cuando se deja empapar del orgullo y secreta soberbia.

En ella también como en todas aparece lo que es el Corazón misericordioso de Cristo, para con los pecadores.

Piensan algunos que Jesucristo debió hacer en los días anteriores alguna gracia tanto al Fariseo como a María Magdalena. De ésta debió echar los siete demonios antes de aquella tarde, y quizás al echarlos advirtió a Magdalena, como lo había advertido en su vida a otros que no pecase ya más, no sea que le aconteciese otra cosa peor. *Fam noli amplius peccare, ne tibi deterius aliquid contingat.* Y aún dicen que aquella deuda a que alude el Salvador de cincuenta denarios y de quinientos era esta precisamente, el que al Fariseo le había hecho algún favor y a la Magdalena otro mayor que fué el echar de ella siete demonios.

Bien puede ser, y así lo creo, que lo primero que hizo el Salvador con María fué librarla de la posesión del demonio. Y sin duda que ya esta infeliz conocía de antes algo al Salvador, y si el Señor le dijo aquellas palabras de que ya no

pecase más, estaría aquellos días atormentada, presa de su vergüenza y remordimiento por un lado, y de su amor y arrepentimiento por otro.

Y viendo la benignidad con que el Señor le brindaba con el perdón de sus pecados, y la misericordia con que a pesar de ellos le había librado de la posesión de los demonios, encendiése más y más desde entonces en amor del que tan compasivo con ella se mostraba, y de quien estaba persuadida que si no le había ya perdonado sus culpas se las perdonaría en cuanto le suplicase el perdón. Y encendida más y más en su amor, buscaba ocasión propicia para echarse a sus pies y concluir su obra de reparación y penitencia.

También el Fariseo tenía pecados, y a ellos alude el Señor delicadamente en su parábola de los dos deudores. Pero tenía menos culpas, sin duda, y al recibir favor del Señor no creyó que por este lado se le hacía una merced tan grande. Se le perdonaban cincuenta denarios, cantidad en sí grande, pero que el presumido Fariseo pensaría que era muy poca cosa, en comparación de lo que otros hombres pecaban.

Por eso dice el Señor; de esos dos deudores, el que cree que se le ha perdonado poco, ama poco y trata con poco cariño: así me has tratado tú. Ni me has hecho siquiera lo que se acostumbra hacer con todos los huéspedes y convidados.

Pero el que cree que se le ha perdonado mucho, ama mucho y trata con mucho cariño: y así me trata esta mujer. Ella cree que se le perdona mucho y tiene confianza por lo que me conoce de que se le perdonan todas sus culpas, por más que sean tantas que vosotros aun de su presencia en esta sala estáis disgustados y de mi paciencia escandalizados. Lo que tú has dejado de hacer, ésta lo ha hecho mucho mejor. Porque, como el deudor a quien se le perdona mucho, ama mucho. Pues bien, mujer, sí, tranquilízate. Como creías y confiabas se te perdonan los pecados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz!

Si, como fué Jesucristo el que tenía que perdonar, lo hubiera sido el Fariseo ¿qué hubiera sucedido a esta pobre mujer? y qué nos sucedería a nosotros pobres pecadores si como esperamos de nuestro Redentor el perdón de nuestras

culpas lo hubiéramos de esperar de algún hombre: ¿Quién no sabe cuán difíciles de perdonar son los enemigos?

Mas aquella feliz mujer tuvo la suerte de ir a los pies de Cristo, y allí obtuvo perdón y misericordia cumplida del Corazón siempre benigno con todos, pero benignísimo con los pecadores. Y la que si se hubiera acercado a los pies del Fariseo, probablemente hubiera sido rechazada a golpes hasta la distancia de cuatro codos, que marcaban sus reglas para las malas mujeres que se acercasen, a los pies de Jesús, fué atendida con divina dulzura.

Es verdad que venía con sincera y nada fingida penitencia y con resolución y firmeza sobrenaturales. Cuántos improperios e insultos recibió tal vez al entrar y al pasar hasta la sala! cuántos respetos humanos tuvo que vencer! Vino desteñido el rostro que otras veces tal vez tan impudicamente repintaba, modestos los ojos que otras veces tan provocativamente flechaba, humilde el paso que otras veces tan descaradamente contoneaba. Y llegada a los pies de Jesús vertió sobre ellos aquellas lágrimas otras veces tan engañosas, y ahora tan sinceras y dolorosas, desató sobre ellos aquella cabellera otras veces tan ensortijada y ahora tan despeinada y despreciada, y el tesoro de perfumes con que otras veces bañaba su cuerpo voluptuoso para en sus efluvios envolver y trastornar a sus amantes, ahora lo derramó a los pies de su Salvador. Todo cuanto antes había dado al pecado y al amor carnal y mundano, todo lo daba ahora a Dios, y lo sacrificaba al amor divino.

Aprended, pecadores, confiad, amad, sacrificadlo todo a Jesús, y entonces podréis obtener de él junto con el perdón aquella dulcísima paz que obtuvo la Magdalena.

Vade in pace! Id en paz!

88. CORRERÍAS APOSTÓLICAS DE JESÚS

(L. 8, 1-3).

No en banquetes ni festines, que, por muchos que fuesen, siempre eran excepciones de la vida corriente, sino en continuas y fervorosas correrías y predicaciones apostólicas, empleaba Jesús su vida. Y nos advierte San Lucas después de habernos contado la conversión de la Pecadora

que «Jesús luego iba recorriendo uno a uno los pueblos y aldeas pregonando y evangelizando el reino de Dios (es decir, el reino profetizado de Dios, que él como Mesías iba a fundar y estaba ya fundando) y con él iban los doce; y también algunas mujeres que habían sido curadas de malignos espíritus y de enfermedades: María, que es llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas, que de sus bienes le servían».

No se presentaba, pues, ya solo, ni como antes rodeado de discípulos variables, hoy con unos, mañana con otros, sino que, si bien variaban algunos de los muchos que le seguían, pero constantemente, como sus elegidos, como su escuela, le rodeaban doce, *los doce*, los Apóstoles escogidos en el monte del Sermón.

Además no acompañándole, sino siguiéndole, iban algunas devotas mujeres, que por Jesús habían sido libradas de demonios o de enfermedades. No la nombra San Lucas, mas, sin duda, la principal y la que dirigía a todas era su Santa Madre, que le acompañó siempre que pudo hasta la cruz. Con ella iban muy frecuentemente y estuvieron en el Calvario María Cleofás su cuñada, Salomé su sobrina, Juana, de quien solo sabemos que era mujer de un intendente de Herodes, que por lo visto debía ser hombre bueno, y conocido cuando escribía San Lucas su evangelio, y Susana o «Azucena» de la que solo nos queda el dulce nombre, sin otras noticias. María, de la que el Señor acababa pocos días antes de echar siete demonios, (es decir, muchos, que esto quiere significar el número de siete) amó mucho a su Redentor, y una vez justificada no se separó mientras pudo de su compañía, y aun atrajo a la amistad de su Maestro a sus hermanos Marta y Lázaro, y como después veremos, le ofreció su casa de Betania para su descanso y retiro.

Era costumbre bastante común entre los maestros judíos el que algunas señoras se encargasen de proporcionarles y prepararles habitación y sustento, para que ellos más desahogadamente vacasen a la enseñanza. Como cosa extraordinaria cuenta de sí San Pablo el que, para no ser gravoso a nadie, él mismo se procuraba el sustento con el trabajo de sus manos. Pero no era así de ordinario. Y Jesús tenía